

de España; un destacamento inglés ocuparía Dunkerque, conservando, empero, las autoridades francesas la administración civil, hasta el momento en que los holandeses concedieran á Francia un equivalente por la demolición de aquella plaza (1).

Las dificultades con que hubo de luchar el gobierno inglés para hacer cumplir el armisticio determinaron un nuevo paso hacia la paz. Las fuerzas del duque de Ormonde componíanse de doce mil ingleses solamente y de cincuenta mil auxiliares, sobre todo alemanes, á sueldo de Inglaterra; y cuando el general en jefe les anunció que iba á separarse del ejército confederado, los mercenarios se negaron á seguirle, tomándolos entonces á sueldo los holandeses. En tales circunstancias, Luis XIV se abstuvo de entregar Dunkerque, y entonces la reina hizo saber que si entregaba la plaza, ella, á pesar de la imposibilidad en que se hallaba de cumplir sus compromisos, haría una gestión imperativa cerca de sus aliados y, en caso necesario, firmaría particularmente la paz con Francia.

Luis XIV aceptó sin pérdida de momento aquel ofrecimiento de importancia capital, y el día 17 de julio, mientras los buques del almirante Leake se aproximaban á Dunkerque, Ormonde y Villars proclamaban el armisticio entre los dos ejércitos.

Entonces precisamente esperábase grandes acontecimientos en la frontera Norte. Francia, después de la pérdida de sus mejores plazas, no podía oponer á sus adversarios como barrera más que una línea artificial cuyos jalones eran las ciudades fuertes de Arrás, Cambrai, Quesnoy, Maubeuge, y del lado de acá Landrecies.

Los imperiales y los holandeses, en su propósito de romper con éxitos de guerra las negociaciones que de otro modo no lograban impedir, estaban resueltos á realizar un esfuerzo decisivo. El ejército de los aliados, que constaba de ciento treinta mil hombres, era el «más hermoso y más fuerte de cuantos habían entrado en campaña durante la guerra;» el francés, en cambio, componíase tan sólo de setenta mil hombres, mal dotados de artillería y de municiones. Luis XIV se lo había confiado á Villars, recomendándole que, en caso de ser derrotado, se retirase detrás del Somma: «Conozco ese río, le había dicho; su paso es muy difícil y hay allí algunas plazas. Si es preciso, iré á Peronne ó á San Quintín, concentraré todas las tropas que me queden, haré con vos un último esfuerzo y pereceremos juntos ó juntos salvaremos el Estado, porque jamás consentiré que el enemigo se aproxime á mi capital.»

Eugenio, que había llegado al campamento de Douai el día 21 de mayo, habría atacado inmediatamente á los franceses; pero de Ormonde, advertido de las negociaciones entabladas por su corte para concertar un armisticio, había obligado á aplazar la realización de sus deseos. Eugenio había, pues, tenido que limitarse á destacar partidas que devastaran la Champaña, y en 8 de junio había puesto sitio á Le Quesnoy, que capituló el día 4 de julio. Entre los enemigos y el valle del Oise, que abría el camino de París, quedaba sólo Landrecies, plaza á la que había puesto asedio Eugenio el 18 de julio; pero en aquel momento, el armisticio privó á los

(1) Véase anteriormente, pág. 414.

aliados del concurso de las tropas inglesas. El ejército de aquéllos era todavía superior en número al de Villars, pero cubría una extensión de ocho leguas, desde Marchiennes á Landrecies, á causa de la necesidad de asegurar las comunicaciones con la primera de estas dos ciudades de donde tomaban sus provisiones las tropas. Bien es verdad que la posición de los aliados era muy sólida, puesto que sus fuerzas circulaban, desde Marchiennes á Denain y desde Denain al campamento instalado delante de Landrecies, entre dos líneas de trincheras que ellos denominaban «el camino de París,» y que el puesto principal, situado en Denain sobre el Escalda, estaba guardado por diez batallones y trece escuadrones.

Luis XIV, al tener noticia del peligro que corría Landrecies, «la única plaza que quedaba para cubrir las provincias y la capital de Francia,» envió á Villars la orden de que librase batalla si no había otro modo de salvarla. Tres partidos se ofrecían: atacar Marchiennes, Denain ó el campamento de Landrecies (2). Un consejero del parlamento de Flandes, Lefebvre de Orval, que desde 1706 enteraba al secretario de Estado de la Guerra de las maniobras del enemigo, proponía que se atacase Denain, «mientras se distraería al príncipe Eugenio» por el lado de Landrecies. Luis XIV dejaba en libertad de acción á Villars, á quien Voysin, sucesor de Chamillart en el secretariado de la Guerra, escribía: «El principal objeto del rey es impedir que los enemigos se apoderen de Landrecies; si lográis esto atacando el campamento de Denain, alcanzaréis con ello honor y Su Majestad estará contento. Pero si después de todas las reflexiones que hacéis resultase tomada Landrecies por el enemigo, parece que la responsabilidad sería vuestra.» Y como Villars siguiese vacilando, Voysin añadía: «Todas vuestras cartas están llenas de observaciones sobre los azares de una batalla; pero quizás no hacéis bastantes sobre las tristes consecuencias de no librar combate y de dejar que los enemigos penetren en el reino y ocupen todas las plazas que quieran atacar.» El mariscal intentó primeramente una marcha sobre Landrecies, pero habiendo encontrado allí, en 23 de julio, al enemigo en posiciones demasiado buenas, resolvió, ateniéndose al plan de Lefebvre de Orval, atacar Denain, plaza que Eugenio, alarmado por aquella marcha, había desguarnecido á fin de fortificar al ejército de sitio. Después de hábiles movimientos simulados que retuvieron á Eugenio en Landrecies, la vanguardia francesa, en la mañana del 24 de julio, pasó el Escalda por varios puentes echados entre Bouchain y Denain, y las tropas, mandadas por Broglie, penetraron en las líneas y cortaron las comunicaciones entre Marchiennes y Denain. Villars titubeó un momento en ordenar el asalto general, porque no todos sus regimientos habían pasado aún el Escalda; mas como el tiempo

(2) Respecto del movimiento estratégico y del combate de Denain, véanse especialmente: Pelet, *Mémoires militaires relatifs à la succession de l'Espagne*, t. XV, pág. 80 y siguientes; Preux, *Correspondance de Mr. Lefebvre d'Orval, conseiller au Parlement de Flandre avec MM. de Chamillart et de Voysin* (1706-1712), Douai, 1875; marqués de Vogüé, *Malplaquet et Denain*, París, 1892; O. Weber, *Die Legende von Denain*, «Historische Zeitschrift,» 1893, t. II, pág. 401-413; teniente Sautai, *La manœuvre de Denain*, Lila, 1902; Marqués de Vogüé, *Le véritable vainqueur de Denain*, «Correspondent,» t. CCXI (junio 1903).

apremiaba y era preciso no dejar que llegase el príncipe Eugenio, el mariscal de Montesquiou decidió al general en jefe á emprender el ataque. Entonces avanzaron sin disparar un tiro cincuenta y dos batallones que, recibidos por los fuegos de pelotón de la infantería y por la metralla de seis cañones, se acercaron á las trincheras, salvaron el foso y el parapeto y cargaron á la bayoneta. Los enemigos huyeron desordenadamente hacia el Escalda, en donde la retaguardia francesa, que ocupaba los puentes, les cortó la retirada. Eugenio llegó demasiado tarde para salvarles.

Acaso nunca un sencillo combate había producido resultados tan importantes como los que aquél produjo (1): los aliados no habían perdido mucha gente, pero estaban desmoralizados, y la toma de Denain interrumpía sus comunicaciones con los almacenes de Marchiennes; en cambio, los franceses estaban animados y llenos de confianza y en pocos días recuperaron Saint-Amand, Mortagne y Marchiennes. Los enemigos, privados de víveres, levantaron el sitio de Landrecies el día 2 de agosto, y el príncipe Eugenio no pudo evitar que se rindiesen Douai, Le Quesnoy y Bouchain. De suerte que Villars reconquistó en algunos meses una buena parte de las plazas del Norte cuya conquista había costado á la coalición varias campañas, mucho dinero y muchos hombres, y el rey de Francia pudo esperar una paz honrosa.

Las conferencias generales, suspendidas desde el mes de abril, no se reanudaron después del combate de Denain. Los aliados aguardaban la muerte de la reina Ana, que estaba enferma hacía algunos meses, y tenían la esperanza de que el advenimiento al trono de Jorge de Hannover, amigo de los whigs, determinaría la deseada ruptura. Por esto buscaban un pretexto para prolongar la suspensión del Congreso, pretexto que les proporcionó una disputa de lacayos; en efecto, habiendo los criados de Mesnager hecho muecas á los del conde de Rechteren, uno de los plenipotenciarios de la República, éste quiso suponer que se había querido insultar la derrota de los holandeses en Denain y ordenó á su servidumbre que acometiera y apaleara á los insolentes. A consecuencia de este incidente hubieron de entablarse negociaciones.

Luis XIV, por su parte, no tenía prisa ninguna por que se reanudasen las conferencias, pues prefería firmar con Inglaterra la paz particular que le había sido prometida. Bolingbroke vino á Francia y habiéndose puesto muy pronto de acuerdo con Torcy, firmáronse en 22 de agosto los convenios de Fontainebleau, en virtud de los cuales el armisticio entre la Gran Bretaña y Francia sería general y duraría hasta la firma de la paz. Al mismo tiempo pusieron de acuerdo sobre puntos importantes de la futura paz general, conviniendo en que el acta de renuncia de Felipe V sería registrada en los Parlamentos, en Francia, y en las Cortes, en España, y que, en cuanto se llenaran estas formalidades, Inglaterra propondría el plan de la paz á todas las potencias, y si éstas se negaban á subscribirlo, la reina firmaría sola y declararía á sus aliados «que había estipulado su paz

(1) Giraud, *Louis XIV et le maréchal de Villars après la bataille de Denain*, en las «Séances et travaux de l'Académie des sciences morales et politiques,» 1879, t. XI y XII de la 6.ª serie.

particular y que tenía buenas y justas razones para justificar su conducta.»

En el entretanto, el gobierno británico desempeñó el papel de mediador entre Francia y los aliados. El rey de Prusia, que deseaba que Luis XIV reconociese su título de rey, estaba dispuesto á concertar la paz; Portugal, que desde los tratados de Methuen sufría la influencia de Inglaterra, firmó, en 7 de noviembre de 1712, un armisticio de cuatro meses con Francia, y en marzo de 1713, los plenipotenciarios franceses y piamonteses firmaron una suspensión de hostilidades.

Holanda quería atenerse á las condiciones por ella formuladas anteriormente, pero cuando en 9 de noviembre de 1712 las Cortes hubieron aprobado la renuncia de Felipe V al trono de Francia, y cuando el duque de Orleans y el duque de Berri hubieron formulado las suyas, esperándose tan sólo la llegada del embajador de Inglaterra á París para registrarlas en el Parlamento, la reina Ana hizo decir por Straford á los Estados Generales que si querían vivir en amistad y en unión con la Gran Bretaña, debían: 1.º, firmar un nuevo tratado relativo á la barrera y á la garantía de la sucesión protestante en Inglaterra, y 2.º, subscribir, dentro de un plazo de quince días ó de tres semanas, á lo sumo, las condiciones aceptadas por los gabinetes de Londres y de Versalles, en la inteligencia de que si no lo hacían así, concertaría la paz sin contar con ellos. Ante esta intimación, la «cábala guerrera,» que dominaba en Holanda, se resignó y en 30 de enero de 1713 la República firmó con la Gran Bretaña el segundo tratado de la Barrera que determinaba las plazas de guarnición con las cuales se daría por satisfecha.

Algunos días después, habiendo recibido Francia una satisfacción por el incidente de los lacayos de Rechteren, los plenipotenciarios franceses y holandeses reanudaron las conferencias en presencia de los representantes de Inglaterra, y aunque quedaban por zanjar muchas dificultades, era evidente que los Estados Generales se resignarían á «beber el cáliz de la paz.»

En cuanto al emperador, si bien no contaba con ser dueño de toda la monarquía española, habría querido poseer todos los anejos europeos de la misma y lograr que Cataluña, que le había sido fiel, fuese reconocida como república libre, y por el lado de Francia, reclamaba una barrera que comprendiese Estrasburgo. Pero cuando Inglaterra se decidió á firmar la paz, había ya cedido en muchas de sus exigencias.

El gabinete de Londres había discutido con el de Versalles las condiciones económicas y las cláusulas relativas á la América del Norte, únicas pendientes de solución. Los debates sobre los asuntos comerciales duraban desde la apertura del Congreso: los ingleses proponían para los dos países el trato de nación más favorecida, pero de aceptarse esto, sus comerciantes podían inundar Francia con sus telas pagando sólo los derechos de la tarifa de 1664, que suponían habría de ser otorgada en su integridad á los holandeses, al paso que, por virtud de los reglamentos ingleses, muchos productos manufacturados franceses no podrían entrar en absoluto en Inglaterra y sobre los demás pesarian derechos excesivos.

Por lo que toca á los territorios americanos, Luis XIV había prometido á la Gran Bretaña la restitución de la

bahía de Hudson y la cesión de Terranova y de la Acadia, es decir, puestos avanzados en el Canadá francés; pero los ingleses querían que se les dieran, además, algunos islotes cercanos a la gran isla, restringir la pesca francesa en la costa del «Pequeño Norte» de Terranova y compartir con Francia la isla del Cabo Bretón. Los franceses regatearon y discutieron sobre todos estos puntos, portándose, dice Bolingbroke, «como mercaderes y aun como verdaderos procuradores;» pero al fin Bolingbroke comprendió que para terminar el asunto era preciso ceder en algo y no insistió más sobre lo del Cabo Bretón. Luis XIV, por su parte, aceptó las demás condiciones.

Durante estas últimas discusiones, el rey había dado satisfacción a Inglaterra cumpliendo dos de sus promesas: en febrero, el hijo de Jacobo II salía de Francia para retirarse a Lorena, y en 15 de marzo eran registradas en el Parlamento de París las renunciaciones de los duques de Berri y de Orleans a la sucesión de España.

Quedaban, pues, concertados los tratados particulares de Francia con Inglaterra, Holanda, Portugal, el duque de Saboya y el rey de Prusia, que se firmaron en Utrecht el día 11 de abril de 1713 (31 de marzo, según el antiguo estilo). Únicamente el emperador se mostraba irreconciliable.

Por virtud del tratado con la reina Ana, Luis XIV reconocía el orden de sucesión establecido en Inglaterra en favor de la casa de Hannover y se comprometía a no dar nunca más asilo al hijo de Jacobo II; las renunciaciones de Felipe V a la corona de Francia y de los príncipes franceses a la de España serían «eternamente una ley inviolable y siempre observada;» de manera que «esas coronas jamás podrían estar reunidas;» Luis XIV haría «arrasar las fortificaciones de la ciudad de Dunkerque, cegar el puerto, destruir las esclusas... a sus costas y en el plazo de cinco meses... y con la condición de que tales fortificaciones, puerto y esclusas no podrían ser reconstruidos;» cedía a Inglaterra la bahía y el estrecho de Hudson, la isla de San Cristóbal en las Antillas, la Acadia y Terranova, debiendo, sin embargo, permitirse a los franceses pescar y secar el pescado en la costa de esta última isla denominada «Pequeño Norte (1);» en cuanto al comercio, franceses e ingleses disfrutarían de los «privilegios, las libertades y las inmunidades» de la «nación más amiga;» por ambas partes se restablecerían los derechos tales como eran en 1664,

(1) Los franceses no tenían libertad de pescar y secar en las costas de Terranova más que entre el cabo de Buena Vista y la Punta Rica, remontando hacia el Norte. En ese territorio, que se denominaba el «Pequeño Norte,» los franceses podían construir cabañas y otras viviendas temporales, pero no viviendas fijas; prohibición que el gobierno inglés, por otra parte, impuso a sus propios súbditos, pues quería impedir la colonización de la isla y reservar la pesca a los marineros ingleses a fin de hacer de aquella isla un «vivero de marinos.» En el tratado de Utrecht no se especifica que los ingleses serán excluidos del «Pequeño Norte,» de suerte que, propiamente hablando, no hay constitución del *French shore*. Véase E. Bourgeois, *Nos droits à Terre Neuve*, en los «Annales de l'Ecole libre des Sciences politiques,» año 1899, y un gran número de artículos en los periódicos ingleses. Respecto del monopolio en favor de los franceses, véanse: Fauchille, *La question de Terre-Neuve* en la «Revue des deux Mondes,» 1899; C. de la Roncière, *La question de Terre-Neuve*, en el «Correspondant,» t. CCXV, 1904; Bracq, *La question de Terre-Neuve, d'après les documents anglais*, en la «Revue historique,» 1904; Hignette, *La question de Terre-Neuve*, Tesis (Derecho), 1905.

salvo para la introducción en Francia de cuatro clases de mercancías inglesas; se suprimiría el derecho de cincuenta sueldos por tonelada que se percibía en Francia sobre los buques ingleses y el de cinco chelines percibido en Inglaterra sobre los buques franceses; y en España y en las Indias españolas los franceses no tendrían más ventajas comerciales que las que tenían durante el reinado de Carlos II.

A los Estados Generales de las Provincias Unidas cediales Luis XIV los Países Bajos, que entregarían a la casa de Austria cuando se hubiesen puesto de acuerdo con ella sobre la cuestión de la barrera. Cediales también «en favor de la casa de Austria» el derecho «que ha tenido ó pueda tener» sobre Menin, Tournai, Furnes, Yprés y sus dependencias. En lo sucesivo, ninguna provincia, ciudad ó plaza de los Países Bajos podrá ser cedida ó corresponder a la corona de Francia ni a ningún príncipe ó princesa de la casa de Francia; y el elector de Baviera conservaría provisionalmente la soberanía del Luxemburgo, del condado de Namur y de la ciudad de Charleroi, mientras no se viese reintegrado en sus Estados y dignidades y no se hallase en posesión del reino de Cerdeña. Los holandeses restituían a Francia Lila y su castellanía, Aire, Bethune y Saint-Venant.

Luis XIV devolvía a Víctor Amadeo la Saboya y el condado de Niza; cediale los valles de Oulx, Bardonnèche y Pragellas con los fuertes de Exilles y de Fenestrelle y «todo lo que está en las vertientes de los Alpes de la parte del Piamonte;» a su vez, el duque daba a Francia el valle de Barcelonnette y la vertiente occidental de los Alpes. Luis XIV garantizábale, además, la cesión del Montferrato y del Vigevanese que le hiciera al emperador en 1703, y le prometía, en nombre de su nieto, la Sicilia con el título de rey y la sucesión eventual a la corona de España en caso de extinguirse la dinastía de Felipe V.

Al rey de Portugal cediale Luis XIV el territorio en litigio situado en la frontera del Brasil y de la Guyana francesa (2), prohibiéndose en absoluto el tráfico entre ambos países a fin de evitar contiendas comerciales.

El rey de Francia reconocía al elector de Brandeburgo el título de rey de Prusia y la soberanía de Neuchâtel y de Valengin (3), que súbditos de Luis XIV le disputaban, y le cedía en nombre de Felipe V la Güeldres española y el territorio de Kessel; el rey de Prusia, en cambio, renunciaba a hacer valer sus derechos sobre el principado de Orange, que reclamaba como heredero de Guillermo III.

III.—Las últimas hostilidades. Los tratados de Rastadt, de Baden y de la Barrera.

Faltaba sólo conseguir que Felipe V y Carlos VI aceptaran las condiciones de Utrecht.

Felipe V no había tenido representación en el congreso; irritado porque su abuelo había consentido en la desmembración de sus Estados, hablaba de negociar con los aliados directamente, pero habiéndole Luis XIV

(2) P. Vidal de la Blache, *La rivière Vincent Pinzon*, «Bibl. de la Faculté des Lettres de l'Université de Paris,» fasc. XV, 1902.

(3) E. Bourgeois, *Neuchâtel et la politique prussienne en Franche-Comté*, 1887.

amenazado con retirar de Cataluña las tropas francesas que sitiaban Barcelona, Felipe V fué cediendo poco a poco.

En 26 de marzo de 1713 había otorgado a los ingleses grandes ventajas comerciales, tales como el privilegio de enviar cada año un buque de quinientas toneladas (buque de licencia) para hacer el comercio de América, el asiento por treinta años y un territorio en el Río de la Plata para «guardar y refrescar a los negros.» Los *asentistas* tenían, además, el derecho de hacerse llevar de Europa en sus buques todas las mercancías y productos que pudieran necesitar para la manutención de los negros, disposición que iba a dar lugar a un enorme contrabando en provecho del comercio inglés.

El día 13 de julio de 1713 firmóse con Inglaterra el tratado de paz por virtud del cual Felipe cedió a aquella nación Gibraltar y Menorca, y en diciembre del propio año otorgó el trato de nación más favorecida.

El mismo día 13 de julio firmó la paz con Saboya cediendo a Víctor Amadeo la Sicilia.

Finalmente España firmó la paz con Holanda en 26 de junio de 1714 y con Portugal en 6 de febrero de 1715.

Las hostilidades con el emperador habíanse reanudado en la primavera de 1713. Eugenio había reunido sus tropas detrás de las líneas de Ettlingen, entre el Rin y la Selva Negra; Villars, que había llegado a Estrasburgo el 26 de mayo, simuló un ataque contra ellas y marchando sobre Landau puso sitio en 11 de junio a esta plaza, que capituló en 20 de agosto sin que Eugenio hubiese podido socorrerla. Dirigióse entonces Villars a Friburgo y se apoderó de la ciudad en 31 de octubre y en 16 de noviembre de la ciudadela, defendida con trece mil hombres por el barón de Harrach, a quien Eugenio había autorizado para que capitulase. El príncipe no contaba con fuerzas suficientes para sostener la campaña: los contingentes cuyo reclutamiento había votado la Dieta no llegaban y el emperador no podía encontrar mercenarios, pues sus cajas estaban vacías, y había tenido que vender a los genoveses el marquesado de Finale y levantar en Holanda un empréstito de un millón de florines. En situación tan crítica, Carlos VI se resignó a pedir la paz.

Eugenio y Villars encontráronse, el día 26 de noviembre, en el castillo de Rastadt. Eugenio, «oriundo de la vigorosa casa de Saboya y de la flexible familia de Mazarino,» era un hábil diplomático y no tardó en comprender que el mariscal tenía prisa por asegurarse, después de la gloria de sus combates, el honor de haber estipulado la paz. Sin embargo, Luis XIV, que se veía ya libre de las grandes alarmas, escribía en 11 de diciembre al mariscal diplomático:

«Deseo la paz, pero ninguna razón me apremia a firmarla. Si las conferencias de Rastadt se prolongan, seguramente obligaré al príncipe Eugenio a aceptar las principales condiciones que deseo. Si el príncipe interrumpe las conferencias, me habréis prestado mayor servicio y os estaré más agradecido por la firmeza que habréis demostrado ejecutando mis órdenes, que si hubieseis estipulado una paz que no conviniera a mi gloria ni al estado presente de mis negocios.»

En enero de 1714 los dos negociadores redactaron un proyecto que pareció admirable a Villars, el cual

anunció a Luis XIV que iba a firmar «una paz firme y estable y, bien puedo decirlo, la más gloriosa que Vuestra Majestad pueda desear.» El propio mariscal se vanagloriaba de su buen acierto escribiendo a Voysin: «Señor, acabo de ganar mi última batalla...» Pero Torcy y el rey no fueron de la misma opinión, sino que, por el contrario, observaron que el mariscal había dejado pasar artículos «lentos de veneno, disimulados bajo bellas palabras.» De los veinticinco artículos de que constaba aquel tratado sólo tres habían resistido el examen minucioso de Torcy, y en su consecuencia, el mariscal recibió un «modelo» de tratado que, con gran pesar suyo, hubo de presentar al príncipe Eugenio. Éste, en vista de ello, habló de marcharse de Rastadt y los dos plenipotenciarios convinieron en alejarse de la ciudad durante el tiempo que invirtiese Luis XIV en aceptar una especie de *ultimatum* redactado por el príncipe. Un oficial, Cortades, llevó aquel documento a Versalles con encargo de decir que el rey no conseguiría jamás nada mejor, «a menos de que el emperador se viera con el dogal en el cuello;» pero Luis XIV no se dejó amedrentar, y como no podía consentir la pretensión de Carlos de ignorar la paz de Utrecht y seguir siendo rey titular de España, ordenó al mariscal que se mantuviese firme. Después de nuevas discusiones y de la invención de fórmulas de transacción, merced a las cuales los dos adversarios salvaron todo cuanto pudiera herir su amor propio, Eugenio y Villars volvieron a Rastadt y allí firmaron la paz en 6 de marzo de 1714.

El tratado hacía mención del restablecimiento del de Ryswyk, es decir, que Francia quedaba dueña de Alsacia, incluso de Estrasburgo, y el emperador le restituía Landau, devolviendo, en cambio, Luis XIV al emperador las plazas situadas en la orilla derecha del Rin, Viejo Brisach, Friburgo y Kehl. Los aliados alemanes de Luis XIV, el arzobispo de Colonia José Clemente y el elector de Baviera Maximiliano Manuel, eran reintegrados en sus Estados y dignidades, si bien Maximiliano Manuel no obtenía el reino de Cerdeña que le había sido prometido en Utrecht. El rey de Francia se comprometía a no disputar al emperador la posesión de Nápoles, del Milanesado, de Cerdeña, de los presidios de Toscana y de los Países Bajos españoles aumentados con Tournai, Menin, Yprés y Furnes.

Habíase convenido en que aquel tratado, estipulado solamente por el emperador, sería sometido a los Estados del imperio. Siete meses después, Villars y el príncipe Eugenio, éste en representación no ya exclusivamente del emperador, sino de todo el imperio, puesto que la Dieta había dado a Carlos VI poderes para tratar, firmaron en Baden, en Suiza, un nuevo tratado que, salvas ligeras modificaciones, fué una reproducción del de Rastadt.

Los tratados de Utrecht, de Rastadt y de Baden no dejaban resueltos todos los asuntos, puesto que faltaba que el emperador y los Estados Generales se pusieran de acuerdo sobre los Países Bajos y las plazas de barrera (1). Los holandeses pretendían hacer de los Países

(1) Consúltese la historia de Bélgica de Gachard y los trabajos siguientes: Willequet, *Histoire du système de la barrière*, memoria premiada en el concurso universitario de 1847, «Annales de Belgique,» VI, 1849; R. Dollot, *Les origines de la neutralité de Belgique et le système de la Barrière* (1609-1830), Paris, 1902.